

**Lectura del santo Evangelio según San Mateo 14, 12-16. 22-26**

El primer día de los Ácimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?». Él envió a dos discípulos, diciéndoles: «Id a la ciudad, os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Cuál es la habitación donde voy a comer la Pascua con mis discípulos?". Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, acondicionada y dispuesta. Preparádnosla allí».

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la Pascua. Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Después, tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos. En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios». Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos.

«Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre» (Benedicto XVI. 11.6.09)

Estas palabras, que pronunció Jesús en la última Cena, se repiten cada vez que se renueva el sacrificio eucarístico. Las acabamos de escuchar en el evangelio de san Marcos, y resuenan con singular fuerza evocadora hoy, solemnidad del *Corpus Christi*. Nos llevan espiritualmente al Cenáculo, nos hacen revivir el clima espiritual de aquella noche cuando, al celebrar la Pascua con los suyos, el Señor anticipó, en el misterio, el sacrificio que se consumaría al día siguiente en la cruz. De este modo, la institución de la Eucaristía se nos presenta como anticipación y aceptación por parte de Jesús de su muerte. Al respecto escribe san Efrén Sirio: "Durante la cena Jesús se inmoló a sí mismo; en la cruz fue inmolado por los demás".

(...) Ser Eucaristía. Que este sea, precisamente, nuestro constante anhelo y compromiso, para que el ofrecimiento del cuerpo y la sangre del Señor que hacemos en el altar vaya acompañado del sacrificio de nuestra existencia (...). San Juan María Vianney solía decir a sus parroquianos: «Venid a la Comunión... Es verdad que no sois dignos, pero la necesitáis». Conscientes de ser indignos a causa de los pecados, pero necesitados de alimentarnos con el amor que el Señor nos ofrece en el sacramento eucarístico, renovemos hoy nuestra fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. No hay que dar por descontada nuestra fe. Hoy existe el peligro de una secularización que se infiltra incluso dentro de la Iglesia y que puede traducirse en un culto eucarístico formal y vacío, en celebraciones sin la participación del corazón que se expresa en la veneración y respeto de la liturgia.

Siempre es fuerte la tentación de reducir la oración a momentos superficiales y apresurados, dejándose arrastrar por las actividades y por las preocupaciones terrenales. Cuando recemos el Padrenuestro, la oración por excelencia, diremos: «Danos hoy nuestro pan de cada día», pensando naturalmente en el pan de cada día para nosotros y para todos los hombres. Sin embargo, esta petición contiene algo más profundo. El término griego *epiúsios*, que traducimos como «diario», podría aludir también al pan «super-sustancial», al pan «del mundo futuro». Algunos Padres de la Iglesia vieron aquí una referencia a la Eucaristía, el pan de la vida eterna, del nuevo mundo, que ya se nos da hoy en la santa misa, para que desde

ahora el mundo futuro comience en nosotros. Por tanto, con la Eucaristía el cielo viene a la tierra, el mañana de Dios desciende al presente, y en cierto modo el tiempo es abrazado por la eternidad divina.

Queridos hermanos y hermanas, como cada año, al final de la santa misa se realizará la tradicional procesión eucarística y, con las oraciones y los cantos, elevaremos una imploración común al Señor presente en la Hostia consagrada. Le diremos en nombre de toda la ciudad: «Quédate con nosotros, Jesús; entrégate a nosotros y danos el pan que nos alimenta para la vida eterna. Libra a este mundo del veneno del mal, de la violencia y del odio que contamina las conciencias; purifícalo con el poder de tu amor misericordioso».

Y tú, María, que fuiste mujer «eucarística» durante toda tu vida, ayúdanos a caminar unidos hacia la meta celestial, alimentados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pan de vida eterna y medicina de la inmortalidad divina. Amén.

MEDITACIÓN (P. Morales)

Sagrado banquete en que se come a Cristo. «Mi carne es verdadera comida; mi sangre, verdadera bebida», me dice Jesús en el evangelio. Él, nuestro alimento. Prorrumpen en alabanzas a tu Salvador: lauda, Sion, Salvatorem. «Con cánticos e himnos alaba y bendice a tu Jefe y Pastor.»

Hay que saborearlas con amor empapado en gratitud emocionada. San Ignacio de Antioquia escribía a los primeros cristianos

de Roma: «No encuentro gusto en el alimento corruptible ni en las alegrías de esta vida. Quiero el pan de Dios, que es la carne de Cristo, el Hijo de la Virgen. Y por bebida, su sangre, que es el amor incorruptible». Hagamos nuestras las palabras del gran obispo y repitémoslas con él ante la hostia santa: «Sagrado banquete en que se come a Cristo, lleno de dulzura y suavidad.»

«La comunión —decía Gemma Galgani— me parece una dicha comparable a la felicidad de los ángeles y los santos. Ellos miran a Jesús cara a cara, seguros de no ofenderle, de no perderle ya. En estas dos cosas les envidio; pero en lo demás me sobran motivos para saltar de júbilo, pues Jesús entra cada mañana en mi corazón. Jesús se me da todo a mí a cambio de no darle nada, absolutamente nada.» ¡... Sagrado banquete en que se come a Cristo. Banquete lleno de suavidad. «En la sagrada comunión —escribe Santo Tomás de Aquino— bebemos la dulzura en su misma fuente.»

Cuando los fieles comulgaban en la Iglesia de los primeros siglos, el coro cantaba: «Saboread y mirad cuán suave es el Señor.» Las poscomuniones de nuestras misas, influenciadas por los sacramentales, aluden a esta dulzura. Al impartir la bendición con el Santísimo Sacramento, la liturgia prorrumpen, extasiada, en un grito de amor: «Los alimentas con pan del cielo que chorrea suavidad y dulzura»: Panem de caelo prestitisti eis, canta el sacerdote. Omne delectamentum in se habentem, corean las fieles.

«Sagrado banquete en que se come a Cristo.» Los primeros cristianos leían en las catacumbas frases como éstas: «Jesús es el Pez pescado por la Virgen y entregado por ella para siempre en manjar a sus amigos.» (Épitafo Albercii.) Entienden que María interviene maternalmente en la encarnación, y también en la eucaristía, prolongación y complemento de aquélla. Ave verum Corpus, natum ex Maria Virgine. Y los primeros



cristianos seguían leyendo: «Linaje divino del Pez celeste, recibe el manjar de miel del Salvador. Come y bebe teniendo en sus manos el Pez, sáciate del Pez.» (Epitafio Pectorii). «Sagrado banquete en el que se come a Cristo.»

Se aviva la memoria de su pasión: «recolitur memoria passionis Eius». La eucaristía, memorial de la pasión y sufrimiento de Jesús. Contemplarle en la hostia santa y penetrar en el alma deseos de inmolación, es todo uno. Se enternece el corazón al mirarla y se dilata en deseos de recibir copiosamente los frutos de la redención. En el sacramento admirable del altar nos ha dejado Jesús un memorial de su pasión y, por tanto, de su vida entera, que fue toda cruz y pasión (SAN BERNARDO).

(...) El alma se llena de gracia: «mens impletur gratia». Se llena el alma de gracia al recibir a Cristo, porque revive la gracia bautismal. Al comulgar renovamos al Señor nuestras promesas de renunciar al mundo, al pecado, a Satanás. Nos unimos más a Cristo y a su Iglesia. La gracia del bautismo salta en el fondo de nuestra alma. Esta gracia produce en nosotros, en virtud del poder de Cristo, una nueva muerte al pecado, una nueva fuerza para resistir al demonio, un nuevo impulso de vida divina. Así, cada día —como dice San Pablo— el hombre terreno, natural, se acerca a la muerte; pero el hombre interior, que recibió la vida divina en el bautismo, se renueva cada día más y más. Se incrementa esa vida en la comunión, sagrado banquete en que el alma se llena de gracia. Y se llena de gracia, transformándose en Cristo. A esta unión transformativa apunta Jesús cuando nos dice en el evangelio de hoy que quien come su carne y bebe su sangre, «permanece en mí, y yo en él». Un día, después de su conversión, San Agustín escucha una voz que le invita a comulgar: «Soy el alimento del fuerte; cómeme. Pero no me transformarás en ti, sino que tú te transformarás en mí.» Años adelante podrá decir a sus cristianos. «Si recibes bien el cuerpo de Cristo, eres lo que recibes.» (Serm. 57,7). (...)

Y se nos da una prenda de la futura gloria: «et futurae gloriae nobis pignus datur». La comunión es anticipo de la gloria. «El que come este pan vivirá eternamente.» Vivet in aeternum. La comunión multiplica la vida divina, siembra la gracia, que un día romperá en gloria sempiterna. No olvidemos que entre gracia y gloria, la diferencia es meramente accidental, de grado, de intensidad. Ambas son la vida divina en nosotros; poseída ya en la tierra, es flor que se abre en el cielo para no marchitarse nunca. Si la gracia es el niño recién nacido, la gloria es el sol en su cenit.

Se nos da una prenda de la futura gloria. Cada vez que comulgamos, se siembra copiosa la semilla. Un día romperá en gloria eterna. Es lo que pide Santo Tomás en el Adoro te devote: «Jesús, a quien ahora contemplo velado: concédeme lo que tanto anhelo: ser feliz en tu gloria, contemplándote cara a cara, descorridos ya los velos que ahora te oculta». «Haz, Señor —dirá mañana el sacerdote después de la comunión—, que seamos un día felices con el gozo perenne de tu divinidad, prefigurado en la percepción temporal de tu precioso cuerpo y sangre que acabamos de recibir».

La Eucaristía es mi única fuerza (F. X. Nguyen Van Thuan)

«Alrededor de la Mesa Eucarística se realiza y se manifiesta la armoniosa unidad de la Iglesia, misterio de comunión misionera, en la que todos se sienten hijos y hermanos» (Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 7).

» ¿Pudo usted celebrar la misa en la cárcel? «, es la pregunta que muchos me han hecho innumerables veces. Y tienen razón: la Eucaristía es la más hermosa oración, es la cumbre de la vida cristiana. Cuando les respondo que sí, ya sé cuál es la pregunta siguiente: » ¿Cómo consiguió encontrar pan y vino? «. Cuando fui arrestado tuve que salir inmediatamente, con las manos vacías.

Al día siguiente me permitieron escribir y pedir las cosas más necesarias: ropa, pasta de dientes... Escribí a mi destinatario: "Por favor, mandadme un poco de vino como medicina contra el dolor de estómago". Los fieles entendieron lo que eso significaba: me mandaron una botellita de vino de misa con una etiqueta que decía: "medicina contra el dolor de estómago", y las hostias las ocultaron en una antorcha que se usa para combatir la humedad. El policía me preguntó:

- ¿Le duele el estómago? -Sí. -Aquí hay un poco de medicina para usted.

Nunca podré expresar mi gran alegría: todos los días, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebraba la misa. De todos modos, dependía de la situación. En el barco que nos llevó al norte celebraba la misa por la noche y daba la comunión a los prisioneros que me rodeaban. A veces tenía que celebrar cuando todos iban al baño, después de la gimnasia. En el campo de reeducación nos dividieron en grupos de 50 personas; dormíamos en camas comunes; cada uno tenía derecho a 50 cm. Nos las arreglamos para que estuvieran cinco católicos conmigo. A las 21:30 había que apagar la luz y todos debían dormir. Me encogía en la cama para celebrar la misa de memoria, y repartía la comunión pasando la mano bajo el mosquitero. Fabricamos bolsitas con el papel de los paquetes de cigarrillos para conservar el Santísimo Sacramento. Llevaba siempre a Jesús eucarístico en el bolsillo de la camisa.

Recuerdo lo que escribí: "Tú crees en una sola fuerza: la Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre del Señor que te dará la vida. «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Como el maná aumentó a los israelitas en su viaje a la tierra prometida, así la Eucaristía te alimentará en tu camino de la esperanza (cf. Jn 6, 50)".

(...) Todos los días, al recitar y escuchar las palabras de la consagración, confirmé con todo mi corazón y con toda mi alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, mediante su sangre mezclada con la mía (cf. 1 Cor. 11, 23-25).

Jesús empezó una revolución en la cruz. Vuestra revolución debe empezar en la mesa eucarística, y de allí debe seguir adelante. Así podréis renovar la humanidad.

He pasado nueve años aislado. Durante ese tiempo celebro la misa todos los días hacia las 3 de la tarde, la hora en que Jesús estaba agonizando en la cruz. Estoy solo, puedo cantar mi misa como quiera, en latín, francés, vietnamita... Llevo siempre conmigo la bolsita que contiene el Santísimo Sacramento; "Tú en mí, y yo en Ti ". Han sido las misas más bellas de mi vida.

Por la noche, entre las 9 y las 10, realizo una hora de adoración, canto *Lauda Sion, Pange Lingua, Adoro Te, Te Deum* y cantos en lengua vietnamita, a pesar del ruido del altavoz, que dura desde las 5 de la mañana hasta las 11:30 de la noche. Siento una singular paz de espíritu y de corazón, el gozo y la serenidad de la compañía de Jesús, de María y de José. Canto *Salve Regina, Salve Mater, Alma Redemptoris Mater, Regina coeli* ... en unidad con la Iglesia universal.

En la Eucaristía anunciamos la muerte de Jesús y proclamamos su resurrección. Hay momentos de tristeza infinita. ¿Qué hacer entonces? Mirar a Jesús crucificado y abandonado en la cruz. A los ojos humanos, la vida de Jesús fracasó, fue inútil, frustrada, pero a los ojos de Dios, Jesús en la cruz cumplió la obra más importante de su vida, porque derramó su sangre para salvar al mundo. ¡Qué unido está Jesús a Dios en la cruz, sin poder predicar, curar enfermos, visitar a la gente y hacer milagros, sino en inmovilidad absoluta!

Jesús es mi primer ejemplo de radicalismo en el amor al Padre y a los hombres. Jesús lo ha dado todo: » Nos amó hasta el extremo » (Jn 13, 1), hasta el » Todo está cumplido » (Jn 19, 30). Y el Padre amó tanto al mundo » que dio a su Hijo unigénito » (Jn 3, 16). Darse todo como un pan para ser comido «por la vida del mundo» (Jn 6, 51).

Jesús dijo: » Siento compasión de la gente » (Mt 15, 32). La multiplicación de los panes fue un anuncio, un signo de la Eucaristía que Jesús instituiría poco después.